

NUESTRO CARISMA

LA PERSONA CVX

BUSCAR Y HALLAR LA VOCACION EN LA IGLESIA

Vocación personal

Esperamos que el miembro de CVX colabore en la misión de Cristo según su propia vocación y estado de vida en la Iglesia. “Nuestra Comunidad está formada por cristianos, hombres y mujeres, adultos y jóvenes, de todas las condiciones sociales, que desean seguir más de cerca a Jesucristo y trabajar con Él en la construcción del Reino, y que han reconocido en la Comunidad de Vida Cristiana su particular vocación en la Iglesia” (PG 4)¹.

El fundamento de la formación y renovación de la CVX es el valor de cada persona y la convicción de que cada uno tiene una vocación divina que abraza todas las dimensiones de su existencia. Somos llamados por Dios: Él tiene la iniciativa, pero respeta nuestra libertad. La persona descubre esta llamada cuando escucha y hace suyos los deseos de Dios. Esa llamada de Dios es la vocación, que se manifiesta en nuestras inclinaciones más profundas y en nuestros deseos más auténticos. La respuesta libre al llamamiento de Dios da sentido y dignidad a nuestra existencia.

Comprender nuestra vida personal, familiar, laboral y ciudadana, como respuesta a la vocación del Señor significa liberarnos del fatalismo resignado ante las situaciones en que nos encontramos. Nos lleva a reaccionar contra el conformismo, que trata de imponernos un estado y estilo de vida.

Cada individuo encuentra en su vocación personal el modo concreto de vivir la vocación universal de la familia humana, que está llamada a la comunión con el Padre por medio del Hijo en el Espíritu de amor. Viviendo según su propia vocación, como respuesta de amor al llamamiento del Señor, la persona realiza progresivamente su destino a la comunión plena con Dios y con la familia humana.

En este documento se presenta la CVX como una vocación particular en la Iglesia. Pero la vocación a la CVX no puede ser entendida sino a la luz de la vocación fundamental de todos los cristianos.

Vocación cristiana

La vida cristiana es la respuesta a la llamada de Jesús a seguirle y ser transformados por su Espíritu. Este es el proyecto del Padre que nos ha predestinado en Cristo². Cristo nos invita a seguirle en su vida y en su muerte, adoptando, gracias al Espíritu, sus mismos sentimientos y actitudes, expresados en las Bienaventuranzas³, para pasar, nosotros también, de la muerte a la vida verdadera⁴.

1 “Principios Generales de la Comunidad de Vida Cristiana”, aprobados por la Asamblea Mundial de CVX en Guadalajara, en septiembre de 1990, y confirmados por la Santa Sede en diciembre del mismo año.

2 “En Cristo, Dios nos eligió desde antes de la creación del mundo, para caminar en el amor... y ser sus hijos adoptivos por medio de Cristo Jesús” (Ef 1, 4-5).

3 Mt 5, 3-12.

4 “Quiero conocerle a Él, el poder de su resurrección y compartir sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, de modo que yo también pase de la muerte a la vida” (Fil 3, 10-11).

El Señor nos invita a su intimidad⁵, y a colaborar con Él en su misión de anunciar la Buena Nueva y promover el Reino de Dios⁶:

Por medio de la fe respondemos al llamamiento del Señor, acogiendo su palabra y el don de su Espíritu, por el cual el Padre nos consagra para la misión de Cristo sacerdote, profeta y rey. El bautismo es la señal sacramental de esta inserción en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, comunidad de sus discípulos.

La llamada de Dios se inserta en la trama de las características naturales y de las circunstancias de la historia personal y social de la que somos sujetos activos.

La vocación cristiana es una invitación a reordenar toda la vida poniendo a Jesús en el centro de ella. En la vocación cristiana se encuentra la inspiración para escoger un nuevo estilo de vida, la fuerza para perseverar en la vocación y la alegría para anunciar la Buena Noticia a los pobres⁷, para amar y perdonar.

En los adultos que tienen definida su vida familiar y profesional, la pregunta sobre cómo seguir a Jesús afectará ante todo al modo de vivir los compromisos hasta llegar a una transformación profunda y gradual de las relaciones con los demás, con los medios materiales y consigo mismos. En lenguaje de Ignacio la respuesta a esta pregunta lleva consigo la enmienda o reforma de vida.

En los jóvenes que todavía no han definido claramente lo que quieren ser y hacer en la vida, la pregunta sobre cómo seguir a Jesús no sólo les llevará a un nuevo modo de vida sino que les ayudará a tomar decisiones más libres sobre sus opciones de vida (formar una familia, el celibato, el sacerdocio o la vida religiosa, la profesión, etc.).

La vocación está íntimamente vinculada a la misión ya que, conforme se van profundizando los lazos de amistad con el Señor, les va confiando una misión. La vocación tiene su origen en la aparición de Dios en sus vidas y necesita un tiempo más o menos prolongado para ir transformando el corazón, vinculándolo totalmente a Cristo. La misión que les confía Cristo es un deseo profundo, permanente y creciente que nace de este vínculo⁸.

Los miembros de la CVX han reconocido en esta forma de vida cristiana su vocación particular en la Iglesia. La vocación singular de los miembros de la CVX tiene una relación especial con el discernimiento de su misión apostólica, es decir, del tipo de servicio que cada cristiano está llamado a prestar en la Iglesia para la evangelización del mundo.

Vocación especial a CVX

La vocación a la CVX especifica la vocación universal del cristiano mediante tres características principales:

5 "Os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" (Jn 15, 15-16).

6 "Como el Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20, 21).

7 Lc 4, 14-21.

8 "Designó a doce para que fueran sus compañeros y para enviarlos a predicar" (Mc 3, 13).

Vocación ignaciana

El carisma de CVX y su espiritualidad son ignacianos. Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio constituyen la fuente específica de este carisma y el instrumento característico de esta espiritualidad⁹.

Los Principios Generales refuerzan el carácter ignaciano de la CVX, con expresiones que recorren todo el texto y que remiten a la experiencia de Ejercicios o al carisma ignaciano. Hacen resaltar la centralidad de Jesucristo y explicitan la referencia a los orígenes ignacianos del camino y modo de proceder CVX, subrayando la importancia del discernimiento apostólico para abrirse a las llamadas más urgentes y universales del Señor, como medio ordinario para la toma de decisiones.

Los rasgos de la cristología ignaciana configuran el estilo de vida CVX: austero y sencillo, solidario con los más pobres y con los marginados, integrando contemplación y acción, en todo amando y sirviendo en la Iglesia, y con discernimiento. Esta cristología ignaciana brota de la contemplación de la Encarnación, donde se manifiesta la misión de Jesús; brota de contemplarlo a Él, enviado por el Padre para salvar al mundo, y que escoge y llama personalmente a colaborar con Él de entre aquellos que se reconocen débiles y pecadores. Surge del seguimiento de Jesús, Rey eterno, que se despojó de sí mismo¹⁰ para llevar una vida de pobreza y humillaciones; de la unión con Él en su pasión y resurrección, donde se manifiesta la fuerza del Espíritu que da forma a la Iglesia como Cuerpo de Cristo.

La espiritualidad ignaciana explica también el carácter mariano del carisma CVX. El papel de María en la CVX es el mismo que tiene en los Ejercicios y en la experiencia espiritual de Ignacio. La madre de Jesús es una presencia constante al lado de su Hijo, tanto como mediación, cuanto como inspiración y modelo de respuesta a su llamada y de colaboración en su misión.

A la luz de la experiencia fundante de los Ejercicios, la CVX tiene como objetivo la integración de la fe con la vida en todas sus dimensiones: personales, familiares, sociales, profesionales, políticas y eclesiales.

La espiritualidad de los Ejercicios refuerza los rasgos característicos de toda vocación cristiana.

El “magis” ignaciano califica nuestra respuesta a la vocación universal a la santidad como una búsqueda de la “mayor gloria de Dios”, siguiendo más de cerca a Cristo¹¹ mediante “oblaciones de mayor estima y mayor momento¹²”.

Por otro lado, en la espiritualidad ignaciana Cristo se revela como “hombre para los demás” y su seguimiento se realiza en el servicio a los hermanos, con un carácter marcadamente apostólico en vistas al Reino de Dios. Los miembros de CVX son cristianos “que desean seguir más de cerca a Jesucristo y trabajar con Él en la construcción del Reino¹³”.

9 “Nuestra vocación nos llama a vivir esta espiritualidad que nos abre y nos dispone a cualquier deseo de Dios en cada situación concreta de nuestra vida diaria” (PG 5).

10 Fil 2,7.

11 PG 4.

12 EE 97, 104, etc.

13 PG 4.

Finalmente se subraya el carácter eclesial del servicio apostólico, por cuanto es una misión recibida de Cristo en la Iglesia y por medio de la Iglesia. “La unión con Cristo nos lleva a la unión con la Iglesia, en la que Cristo continúa aquí y ahora su misión salvadora¹⁴”.

La característica ignaciana de CVX y de sus miembros se expresa también por el uso habitual de los medios ignacianos de oración, examen, evaluación, discernimiento apostólico personal y comunitario, y por la participación frecuente en los sacramentos¹⁵.

Vocación comunitaria

Los miembros de la CVX viven la espiritualidad ignaciana teniendo como referencia la comunidad¹⁶. La ayuda de los hermanos y hermanas que comparten la misma vocación es un factor esencial para la creciente fidelidad de cada uno a su propia vocación y misión. Por otro lado, la misma comunión fraterna entre los miembros de la comunidad es constitutiva del testimonio apostólico de la CVX.

Para preparar más eficazmente a nuestros miembros para el testimonio y el servicio apostólico, especialmente en los ambientes cotidianos, reunimos en comunidad a personas que sienten una necesidad más apremiante de unir su vida humana en todas sus dimensiones con la plenitud de su fe cristiana según nuestro carisma¹⁷.

Vocación laical

La CVX no es definida en los PG como una asociación de seculares, sino como una asociación de fieles. “Nuestra comunidad está formada por cristianos, hombres y mujeres, adultos y jóvenes, de todas las condiciones sociales¹⁸”.

Pero en la etapa de madurez, y a partir del compromiso permanente, la vocación CVX es laical, y como tal tiene unos objetivos y características específicos. “Como respuesta a la llamada que Cristo nos hace, tratamos de realizar esta unidad de vida desde dentro del mundo en que vivimos¹⁹”.

Perfil de la persona CVX

La vocación a la CVX supone en el candidato ciertos requisitos, que son fundamentalmente los mismos que hacen a alguien idóneo para la experiencia de los Ejercicios Espirituales. Esta idoneidad consiste

14 PG 6.

15 El ejemplo y la obra de Ignacio son como un tronco fecundo en el jardín de la Iglesia. La rama principal que sale de este tronco es la Compañía de Jesús. Pero ignaciano no se identifica con jesuita. La espiritualidad de los Ejercicios alimenta otras muchas familias religiosas y grupos laicos, cada uno expresando determinadas virtualidades del mismo carisma ignaciano. Entre ellos ocuparon un lugar especial las Congregaciones Marianas, antecesoras de la Comunidad de Vida Cristiana.

16 La dimensión comunitaria de la vocación CVX será expuesta más ampliamente en capítulo aparte (Nº 125-163).

17 PG 4.

18 PG 4.

19 PG 4. Pío XII decía en 1946: “Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por tanto ellos, ellos especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia” (AAS 38, 1946, p.149).

“El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entrelazada. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, con su fe, su esperanza y caridad. A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera, que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y Redentor” (LG31).

“De este modo, el “mundo” se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo. El Concilio puede indicar entonces cuál es el sentido propio y peculiar de la vocación divina dirigida a los fieles laicos. No han sido llamados a abandonar el lugar que ocupan en el mundo... sino que su vocación afecta precisamente a su situación intramundana... De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial” (CHL 15).

en el conjunto de condiciones personales que facilitan la experiencia del encuentro con Dios en la vida. No se trata tanto de actitudes maduras ya adquiridas, motivadas inequívocamente por el amor, sino de rasgos prometedores aunque aparezcan todavía inmaduros. Ignacio usa la expresión “tener sujeto” para designar esta idoneidad. “Tener sujeto” es algo dinámico: la persona se va haciendo “sujeto” o se puede ir deteriorando como tal; avanza o retrocede, pero nunca permanece estáticamente donde está.

En las Anotaciones²⁰ nos encontramos con un retrato del ejercitante adulto que es, simultáneamente, punto de partida y punto de llegada. Es el mínimo que Ignacio exige para iniciar la aventura y es también, en su plenitud, el resultado de la misma. Aquellos rasgos que un día serán la característica determinante de la persona, deberán estar presentes, de algún modo, desde el inicio. Ignacio adaptaba los Ejercicios a las posibilidades de cada uno, pero, al mismo tiempo, recomendaba que no se ofreciese el tema de la elección indiscriminadamente. Al describir al candidato con las condiciones para hacer los Ejercicios Espirituales, también se describe a la persona pronta para en todo amar y servir a su Divina Majestad²¹. Estos son también los rasgos de la persona para ser miembro comprometido de la CVX.

Los rasgos que deben estar presentes de algún modo en la persona para la experiencia ignaciana son de dos tipos:

a) Desde el punto de vista humano:

- Capaz de aceptar la realidad, sensible al mundo social y político en que vive, con potencial para comunicarse y prestar un servicio significativo a los demás.
- Con grandes deseos, aunque por algún tiempo mezclados, quizá, de ambiciones personales, de vivir la vida con ilusión y dinamismo.
- Con inquietud, insatisfecho consigo mismo y con su pequeño mundo, capaz de evolucionar y de cambiar tanto sus puntos de vista como su modo de vivir.

b) En lo que se refiere a la experiencia previa de Dios:

- Básicamente, alguien movido por el deseo²² de encontrar y seguir al Señor Jesús²³.
- Enamorado de Jesús y de su misión, con quien desea establecer una relación personal, profunda y capaz de reorientar, y corregir, si hace falta, sus propias necesidades y aspiraciones, las heridas y debilidades.
- Que se reconoce pecador, pero amado, redimido y escogido por Cristo.

20 EE 1-20.

21 EE 233.

22 El deseo es algo fundamental para San Ignacio. Para él, el ser humano era fundamentalmente su capacidad de desear y consideraba una persona como alguien con mucha capacidad de crecer en santidad y en frutos apostólicos cuanto más grande era su capacidad de desear. El deseo para San Ignacio es impulso de vida. Es esa noción vital, ese movimiento vital que nos hace disponibles para querer, soñar, actuar, amar. El ser humano es ese ser de deseo: desear la justicia, la paz, el amor. Desear a Dios. Cuanto más ensancha esa capacidad interior de desear, más preparado está para que Dios lo colme y lo llene. Por eso San Ignacio consideraba que una persona con grandes deseos, aunque fuera un gran pecador, era apta para hacer los Ejercicios, porque para él la vida espiritual no es cumplimiento de reglas y normas, sino deseo abierto y expuesto, que el Señor puede mover, atraer, aumentar y llenar.

23 Constituciones 102.

- Abierto a las necesidades de los demás, dispuesto a servir y a colaborar con todas las iniciativas que tratan de hacer un mundo más humano y más divino.
- Que se siente miembro responsable de la Iglesia, identificado con su mensaje y comprometido con su misión.

Pedagogía de CVX para buscar y hallar la propia vocación

La formación de los fieles laicos tiene como objetivo fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la propia vocación y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en el cumplimiento de la propia misión²⁴.

En el proceso de descubrimiento de la CVX como vocación particular hay que considerar distintos aspectos. En primer lugar, las características que se requieren de la persona que desea seguir esta vocación. En segundo lugar, los medios que suscitan y despiertan estas características y que ayudan a reconocer que Dios llama a seguir el estilo de vida propio de CVX. Estos elementos de la pedagogía vocacional de la CVX se encuentran básicamente en los Ejercicios Espirituales²⁵.

Papel central de los Ejercicios Espirituales en el discernimiento vocacional

El discernimiento de la vocación particular se realiza, sobre todo, en los Ejercicios Espirituales. En ellos encontramos tanto las perspectivas fundamentales que encuadran la elección de un estilo de vida cristiana, como los momentos de este proceso de discernimiento vocacional.

Los Ejercicios Espirituales son fundamentales y constitutivos en la vivencia de la vocación CVX. Son “la fuente y el instrumento característico de nuestra espiritualidad²⁶”. Por lo tanto, no se puede comprender y mucho menos vivir la vocación CVX, sin pasar por la experiencia de los Ejercicios.

En el comienzo del libro de los Ejercicios, San Ignacio define lo que entiende por el método que Dios le inspiró y gracias al cual pudo ayudar a tantos: “...por este nombre, Ejercicios Espirituales, se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones, según que adelante se dirá²⁷”.

En resumen, los Ejercicios son, para Ignacio, todo modo de “ejercitar” el espíritu. A continuación, justifica su definición diciendo: “Porque así como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales, por la misma manera, todo modo de preparar y disponer el ánima para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima, se llaman ejercicios espirituales”.

24 Cristifideles Laici 58

25 Los Ejercicios son “para vencer a sí mismo y ordenar su vida...” (EE 21); son para “investigar y... demandar en qué vida o estado de nosotros se quiere servir su divina majestad” (EE 135); son escuela eximia para sentir y responder a la llamada de Dios, para vivir la vida en escucha y respuesta generosa al Señor que nos llama y envía. Los Ejercicios nos preparan a vivir la vida como “vocación-respuesta”.

26 PG 5.

27 EE 1.

Para Ignacio, por lo tanto, es claro que así como un cuerpo que no se ejercita pierde agilidad y movimiento, así pasa también con el espíritu, que necesita ponerse en acción para dar todo de sí y responder plenamente a la búsqueda de plenitud que tiene ante sí.

La Comunidad de Vida Cristiana, fiel al espíritu ignaciano que la inspira, desea que sus miembros sean personas ágiles en espíritu, personas que se ejercitan constantemente para escuchar sin demora las llamadas de Dios y responder a ellas con todo su ser.

La experiencia original completa de los Ejercicios Espirituales, tal como la concibió San Ignacio, es hecha aproximadamente en un mes, en silencio, conversando solamente con otra persona, que es el guía o acompañante espiritual. En ese contexto es posible, al ejercitante, experimentar los distintos modos de orar, de examinarse y de contemplar que Ignacio propone, reflexionar sobre ellos y “sacar provecho”, o sea, percibir lo que el Señor desea que haga, como vocación y actuación apostólica.

A lo largo de las cuatro semanas de los Ejercicios, después de enfrentarse con la realidad de ser criatura amada por Dios y sin embargo pecadora, el ejercitante es puesto delante de la persona de Jesucristo, a quien deberá seguir en proceso de creciente intimidad, dispuesto a ser y hacer en el mundo lo que Jesús es y hace, asumiendo por lo tanto las consecuencias de este ser y actuar.

Ya desde la época de Ignacio, y con mayor razón en las modernas circunstancias de vida, muchas veces no es posible, sobre todo para los laicos, hacer la experiencia de los Ejercicios en treinta días, tal como la propuso Ignacio. Por esto, los Ejercicios pueden ser adaptados a las diferentes circunstancias de cada persona, haciéndose en varias etapas más cortas o aún a lo largo de la vida diaria, pero con seriedad y criterio, sin saltar ninguna de las etapas del itinerario ignaciano. Estos Ejercicios adaptados por etapas o en la vida ordinaria son una experiencia verdaderamente ignaciana.

Una vez hechos y asimilados, los Ejercicios Espirituales producen como fruto mayor el aprendizaje y la aplicación de un nuevo estilo de vida. Todo lo que se vivió intensamente a lo largo de las cuatro semanas, en términos de cercanía a la persona de Jesús y a su manera de ser; en términos de aprendizaje del discernimiento de las mociones del Espíritu en la vida de cada día; en términos de llegar a ser en verdad un “contemplativo en la acción”, todo esto, va rehaciendo el estilo de vida de la persona, haciendo que sea y actúe más de acuerdo a los deseos del Señor para la implantación de su Reino.

La CVX espera que sus miembros sean personas orantes, con capacidad de escuchar los deseos de Dios, con sensibilidad para discernir entre las muchas llamadas de la vida, cual es la más adecuada al proyecto del Reino de Dios. Y por eso pone a su disposición la escuela de los Ejercicios que son, según una carta del mismo San Ignacio a Manuel Miona, “todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poder aprovechar a sí mismo como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos²⁸”.

Para los miembros CVX, por lo tanto, los Ejercicios Espirituales no son una experiencia opcional, que se pueda o no hacer, o que una vez hecha, pertenezca a los archivos del pasado. Son una experiencia fundante y vitalizante, constitutiva de su vocación misma. Una experiencia, por otro lado, a la que habrá que volver siempre, cuya marca en cada uno y cada una es necesario cultivar, alimentar y renovar constantemente.

Los Ejercicios no son una experiencia con la que “culmina” la vida apostólica, sino una experiencia inicial decisiva para la opción apostólica personal, que se irá actualizando a lo largo de toda la vida.

Niveles de la llamada de Dios

EL PADRE llama a la vida: Grandeza del ser humano.

Al darnos el ser, el Padre nos llama, hombres o mujeres, a realizar una tarea: vivir a imagen y semejanza suya²⁹, ser fecundos y multiplicarnos, henchir y someter la Tierra, reconocer la bondad radical de todas las cosas. El Nuevo Testamento revela toda la grandeza del ser humano, que creado en Cristo, está llamado a la vida divina en comunión con el Padre por medio del Hijo en el Espíritu de amor.

El Principio y Fundamento nos revela que estamos llamados a ser dialogantes, a reconocer los dones y la presencia de Dios en todo, en salud o enfermedad, en riqueza o pobreza, con honores o sin ellos, y a responderle, como Jesús, con la alabanza, la reverencia y el servicio³⁰.

La Primera Semana lleva a confrontar el plan del Dios sobre nosotros con la realidad del pecado y de la muerte, que marcan nuestra existencia personal y colectiva. En el diálogo de la misericordia confesamos humildemente nuestro pecado y recibimos con confianza y gratitud el perdón de Dios que nos salva por medio de Jesucristo. La experiencia del amor de Cristo que muere en la cruz para que vivamos la vida nueva en su Espíritu lleva al ejercitante a preguntarse: “¿Qué puedo hacer por Cristo?” y continuar así el resto de los Ejercicios.

Este diálogo de vida lo prolongamos a diario en el examen de conciencia, donde reconocemos “los beneficios recibidos” en las cosas, las personas y los acontecimientos³¹. Es éste un modo de vivir en el día a día la Contemplación para alcanzar amor, que nos hace “pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo... pueda en todo amar y servir a su divina majestad³²”.

JESUCRISTO llama a estar con Él y seguirlo

La experiencia fundamental de ser salvado y liberado por Cristo de la esclavitud del pecado³³, suscita en nosotros el deseo de colaborar con Él en la instauración del Reino³⁴ de hecho, el Rey eternal nos

29 Gen 1,26-30.

30 EE 23.

31 EE 43.

32 EE 233-234.

33 EE 53: La 1ª Semana de Ejercicios se suele denominar la “Semana del pecado”. Sería más apropiado llamarla “Semana de la misericordia”, “Semana de la salvación”. En verdad, el centro de esta primera Semana es la experiencia de Dios como Dios Salvador y Liberador. Y la experiencia humana como experiencia de ser un pecador salvado y perdonado. Esa revelación se da en la figura del Cristo crucificado (EE 531). Delante de Él, San Ignacio enseña al ser humano a preguntarse: ¿Qué he hecho?, ¿Qué hago?, ¿Qué haré por Cristo? A aquél o aquella que estaba perdido y encerrado en los abismos oscuros de su propio yo, la salvación se presenta como salida de sí, viaje hacia el otro. El pecador que

llama a estar con Él y a trabajar con Él, siguiéndolo en la pena y en la gloria. Estar con Jesús y seguirlo en el trabajo del Reino constituyen una opción única e inseparable. Seguir al Señor significa, pues, querer conocerle siempre más, enamorarse más y más de El, y acompañarlo en su misión³⁵. A esto apuntan todas las contemplaciones de los Ejercicios.

Esta opción por Cristo y el trabajo del Reino significan para Ignacio optar por el Cristo total. Conocer, amar y servir a los hermanos y hermanas es conocer más a fondo, amar más y servir mejor a Cristo, que es la “vida verdadera³⁶”; es hacerlo crecer; es contribuir a reconciliar con Él y en Él todas las cosas hasta que el Padre sea todo en todas las cosas³⁷.

La propuesta de CVX está marcada por esta gran opción: desear seguir más de cerca a Jesucristo y trabajar con El en la construcción del Reino³⁸.

El ESPÍRITU SANTO mueve a una mayor fidelidad en el seguimiento.

Ignacio era un pedagogo que aprendía de la experiencia. Su espiritualidad no parte de principios abstractos de perfección sino de lo concreto de un Dios cercano y trascendente, que se deja experimentar en la vida. El ejercitante ha de abordar la decisión más trascendental, la de encontrar “el estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir³⁹”, con una metodología bien concreta: contemplando la vida de Cristo y estando, al mismo tiempo, muy atento a los propios sentimientos y mociones interiores, ya que por ellos le habla y lo mueve el Espíritu de Dios.

La experiencia de consolaciones y desolaciones y de los varios espíritus⁴⁰ ocupa un puesto fundamental en las elecciones ignacianas. El núcleo de Meditaciones y de Reglas para la elección⁴¹ apunta a iluminar y discernir esas experiencias. Pero se trata siempre de experiencia, y no de abstracciones voluntaristas, porque Ignacio sólo está satisfecho cuando es “el Creador el que obra inmediatamente con la criatura y la criatura con su Criador y Señor⁴²”.

Los momentos del discernimiento vocacional

En los Ejercicios, Ignacio habla de hacer una sana y buena elección de la propia vida y estado. La “elección” debe ser una respuesta libre y generosa por parte nuestra a una “vocación” por parte de Dios. Ignacio nos indica la manera de disponernos interiormente para escuchar la llamada del Señor y de comportarnos según el modo con el que Dios se hace escuchar.

Hay que distinguir entre dos objetivos:

se encontraba perdido y sin salida resuena ahora, como ofrenda de libertad y salvación, la llamada del Rey Eterno. Responder a ella no solamente con juicio y razón, sino entregándose por entero es el camino de liberación para el hombre y la mujer.

34 EE 95.

35 EE 104.

36 EE 139.

37 1 Cor 15, 28.

38 PG 4.

39 EE 135.

40 EE 176.

41 EE 135-168, EE 169-189.

42 EE 15.

Discernir los “estados de vida”: vida laical (en CVX o según otro camino espiritual); vida religiosa o sacerdotal.

Discernir los “estilos de vida⁴³”. Para esto es clave la relación entre el sujeto y sus posibles contextos de vida (familia, amigos, comunidad, estudios, trabajo...). No cualquier contexto es favorable al crecimiento personal, como tampoco al crecimiento en libertad para discernir los estados de vida. Es preciso facilitar este discernimiento con estilos de vida que favorezcan el crecimiento. Muchas veces el proceso se queda a medio camino por falta de cuidado y generosidad en estos primeros pasos.

El discernimiento de la vocación es un proceso; tiene etapas que es preciso respetar y conocer. Estas etapas no son lineales; hay un movimiento dialéctico entre ellas, puesto que entran en juego la gracia y la libertad.

Por un lado, hay que disponerse mediante ciertas actitudes espirituales que son prerequisites para una buena elección:

Asimilar los criterios de Cristo⁴⁴.

Optar en coherencia con la voluntad de Dios⁴⁵.

Dejar que los afectos se centren en Dios, amando a Jesús con un corazón libre y apasionado:

En el “primer grado de humildad” mediante la opción fundamental: “que en todo obedezca a la ley de Dios nuestro Señor, de tal suerte que... ni por (salvar) la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento... que me obligue a pecado mortal⁴⁶”.

En el “segundo grado de humildad”, llegando a sentirse indiferente y libre con relación a todos los bienes creados, de suerte que en ninguna circunstancia se ponga siquiera a deliberar de hacer un pecado venial, es decir, de resistir voluntariamente a la voz de Dios, aun en cosas menores⁴⁷.

En el “tercer grado de humildad⁴⁸”, buscando el magis con una creciente identificación afectiva y efectiva con el Espíritu de Cristo pobre y humilde.

Por otro lado, hay que buscar con diligencia las manifestaciones de la voluntad del Señor:

Reflexionando en la presencia del Señor sobre el objeto de la elección, las ventajas e inconvenientes de cada alternativa a la luz de la fe.

Prestando atención a las mociones de los espíritus y sus efectos (consolación y desolación) para discernir hacia dónde le mueve el Señor.

43 EE 189.

44 Dos Banderas, EE 136-148.

45 Binarios, EE 149-157.

46 EE 165.

47 EE 166.

48 EE 167.

Orando fervorosamente para que El haga conocer su voluntad.

Preparación y confirmación de los Ejercicios de elección

Según la tradición ignaciana, los Ejercicios Espirituales son el tiempo fuerte del discernimiento vocacional. Pero Ignacio sabía que no podemos hacer unos Ejercicios de elección de estado de vida sin estar debidamente preparados. Esta preparación puede durar un tiempo determinado, pero habrá que procurar que no se demore indefinidamente para evitar que los ejercicios no puedan ser ya de elección. Aunque la Tercera y Cuarta semanas de los EE son ya un tiempo de confirmación de la elección de segunda semana, conviene disponer del tiempo necesario para confirmar y explicitar aquella llamada del Señor, teniendo en cuenta los acontecimientos externos e internos en contacto con el mundo.

Tanto en la preparación como en el tiempo de confirmación, Ignacio nos invita a ponernos en diversas situaciones: las experiencias o “probaciones”, y a ser acompañados espiritualmente por alguien que nos ayude a discernir las llamadas del Señor.

La utilización de experiencias o probaciones

Como preparación a los Ejercicios de elección, las experiencias no sólo son verdaderos servicios, sino que buscan sobre todo poner a la persona en un contexto favorable. Serán así ocasión de manifestación de nuevas llamadas del Señor. Como preparación y confirmación de una elección, se podrá también recurrir a las mociones espirituales y sus efectos, como sugiere San Ignacio en el segundo tiempo para hacer una buena elección⁴⁹.

En estas experiencias, capaces de conmovernos⁵⁰, buscamos hacernos vulnerables a la voluntad del Señor en la comunidad y por medio de ella. La vulnerabilidad nos prepara y las consecuencias de ella nos confirman en la elección hecha.

Algunos campos de experiencias posibles:

- Experiencias de inserción real en el mundo del sufrimiento y de la pobreza.
- Tomar parte en actividades apostólicas y de servicio para experimentar en situaciones distintas a las habituales más protegidas, las propias cualidades y pobreza y, sobre todo, para poder vivir a fondo la entrega de sí en gratuidad.
- Empezar estudios y programas de formación con claridad de intención apostólica: sólo por “ayudar a las ánimas...”.
- Escuela de oración, que disponga a la experiencia de ejercicios, desde el acompañamiento personal, la participación en retiros y ejercicios leves, etc.

49 EE 176.

50 "Sentir y gustar" (EE 2).

Cuáles sean las experiencias o probaciones y la manera de presentarlas, dependerá de la etapa del discernimiento vocacional en que se encuentre cada persona. Es importante, además, considerar la edad del que discierne su vocación a CVX: para laicos adultos, con un estado de vida ya definido, las experiencias aconsejables serán diferentes de las que se propongan a jóvenes cuyo discernimiento vocacional primero será sobre su estado de vida.

El acompañamiento personal

En los encuentros regulares con el acompañante espiritual no se trata de pedir consejo, o todavía menos, de preguntarle lo que uno debe hacer. Se trata de compartir las experiencias personales para comprender con mayor claridad lo que Dios le dice y pide. Esto no quita que a veces el acompañante aclare un punto o sugiera un consejo. Pero sólo excepcionalmente. El acompañamiento es un instrumento indispensable para buscar y hallar la propia vocación⁵¹. Los momentos particularmente propicios para el acompañamiento son antes y después de los Ejercicios de año.

⁵¹ El acompañamiento supone una confianza mutua que se traduce en el abrirse con sinceridad al acompañante. De ahí la necesidad de una gran discreción y confidencialidad por ambas partes. También es importante que el acompañante haya asimilado las Anotaciones (EE 1-20) y conozca los procesos del crecimiento espiritual así como las exigencias de una vocación apostólica. También es importante que haya integrado en su propia vida las implicaciones apostólicas de la promoción de la justicia, del diálogo inter-cultural e inter-religioso como dimensiones esenciales de la evangelización.